

## RESEÑA DE LIBROS

N. Consani y Z. Zeraoui (comps.), *Sobre Medio Oriente*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 2007, 278 pp.

Medio Oriente ya no es un asunto de prescindible valor para los observadores de la escena internacional de nuestros días. Lo fue —relativamente— hasta el siglo XIX, pues África y Asia Central constituían entonces objetivos y ensueños más prometedores para las aventuras imperiales europeas. Pero el descubrimiento y la explotación del petróleo en esta zona a principios del siglo XX, el desmembramiento del Imperio otomano, la irrupción de un fundamentalismo musulmán adverso a Occidente y la probable aparición del arsenal atómico constituyen factores que obligan hoy a un prolijo estudio de los juegos de poder en esta región. Convicción que preside a esta antología de ensayos que aborda, desde diferentes ángulos y con profundidad desigual, los principales problemas del Medio Oriente contemporáneo.

Los compiladores de esta obra pertenecen a instituciones geográficamente alejadas. Por un lado, el Instituto Tecnológico de Monterrey representado por Zidane Zeraoui, y, por el otro, la Universidad Nacional de la Plata, Argentina, que dirige Norberto Consani. Una cooperación promisorio ciertamente, que se contrapone al feudalismo intelectual que suele dominar en no pocos centros de investigación incluso en el seno de los mismos. Alumnos de doctorado y maestría participan aquí activamente, al lado de especialistas que han ganado reconocimiento. En conjunto construyen una obra que se sustenta en la bibliografía disponible en castellano y, en algunos casos, en inglés. Sin embargo, cabe lamentar que el acceso a fuentes directas y primarias haya constituido un escollo que los participantes en este volumen no pudieron despejar.

El libro se divide en tres partes. La primera atiende el “orientalismo”, categoría analítica que Edward Said transformó en moneda corriente con apego a las corrientes posmodernistas; la

segunda traza una visión histórica en torno del islam desde sus tiempos de esplendor hasta los de crisis y de su nuevo despertar; y la última pasa revista a los desequilibrios contemporáneos. El conjunto acierta al dispensarnos un cuadro relativamente amplio de los problemas que preocupan a esta región.

Zeraoui hace un valioso aporte al esclarecimiento del “Oriente” como un concepto analítico y tendenciosamente gestado por la Europa cristiana. En los tiempos del islam victorioso, las múltiples formas del saber se manifestaban en los califatos de Córdoba y de Bagdad. Avicena era considerado entonces el príncipe de los médicos, y el álgebra se desarrollaba sin tropiezos. El islam recogía y fecundaba la herencia intelectual helénica. Pero las Cruzadas, primero, y el derrumbe de Constantinopla, después, le dispensaron al Occidente cristiano una posición hegemónica. Y el poder triunfante reescribió —como es previsible y hábito— la historia, adjudicándole al universo musulmán y oriental cualidades adversas a la sana racionalidad. En lugar de la creatividad se manifestaría ahora un inmovilismo en el islam que se origina en lacras que el Occidente habría remediado, como la ausencia de propiedad privada, la esclavitud y el despotismo (p. 21).

Diagnóstico parcial, casi perverso, el de los “orientalistas” que Zeraoui procura corregir siguiendo los pasos de Said. La conclusión: ya es tiempo de que la mirada eurocéntrica se opaque para dar lugar a una visión historiográfica menos subjetiva y más equilibrada. Solicitud que aún no ha sido respondida. Como se sabe, B. Lewis, Fouad Ajami y S. Huntington aún sostienen y propagan concepciones binarias (“nosotros y ellos”, “la cultura y la barbarie”) que inhiben el diálogo sereno entre las civilizaciones. Olvidan que el Otro no es ineluctablemente un ser inferior.

Las justas conclusiones de Zeraoui son ampliadas por sus asistentes G. Cantú y E. Lozano. Ellos recuerdan tanto a los gestores del eurocentrismo (E. Rnán y Napoleón) como a E. Said, quien absorbió de Foucault la percepción de que los términos que usamos están ineluctablemente cargados con variables dosis de subjetividad y prejuicio. Y en verdad la historiografía musulmana fue escrita por y para el Occidente cristiano. No es accidente, por tanto, que sus protagonistas reaccionen violen-

tamente a estas distorsiones, imprimiendo legitimidad —paradójicamente— a la violencia, a la intolerancia y a la irracionalidad que se les atribuye. Mencionan las obras de Bernard Lewis, quien en los últimos años explora las raíces del resentimiento del islam contra la cultura occidental y, en particular, los Estados Unidos. Lewis pone énfasis en el perverso enlace del gobierno con la religión, que distinguiría al islam en contraste con el Occidente. Explicación algo ligera en mi opinión, puesto que ubicuos sentimientos religiosos continúan influyendo en el quehacer político europeo y norteamericano.

Simonoff se propone aquí explicar el embeleso que la revolución jomeinista ejerció en Foucault. La singularidad de esta teocracia populista divergente de las formaciones occidentales coincidió con sus tendencias no conformistas respecto de variados convencionalismos modernos. El shiismo se perfila, para el filósofo francés, como una forma superior de gobierno. Se desentiende del hecho de que este régimen integrista no es libertario y nos conduce a un pasado mesiánico, sin excluir la adopción de la más avanzada tecnología. El autor no acierta en explicarnos qué entusiasmo a Foucault al examinar más de la inclinación de este filósofo a navegar contra corriente en todos los renglones.

E. Pfoh plantea una pregunta conocida: ¿es posible la democracia occidental en Medio Oriente? La respuesta es previsiblemente negativa, puesto que el íntimo maridaje del Estado con la religión le dispensa a cualquier régimen musulmán un rasgo trascendente y absoluto, adverso al positivismo empírico inherente a la democracia. Por añadidura, la ausencia de un régimen liberal es reforzada por un marcado clientelismo político y por relaciones de dependencia que oponen obstáculos a la libre expresión. La anticipable conclusión de Pfoh: “el tipo de secularización política de estilo occidental nunca florecerá en el Medio Oriente musulmán” (p. 80).

E. Baltar Rodríguez y R. Marín Guzmán ofrecen una revista histórica e intelectual del islam en tres ensayos que examinan los rasgos distintivos de esta cultura. Es particularmente instructivo el ensayo sobre el sismo por el relieve que ha ganado hoy esta corriente. Los elementos mesiánicos y apocalípticos que contiene facilitan comprender algo mejor las posturas de

los gobernantes iraníes y de los seguidores del Hamas y del Hezbollah.

R. Marín Guzmán inserta un enjundioso estudio sobre la muftazila, que sin embargo apenas se articula con los propósitos de esta compilación. En contraste con otros autores, este autor da cita a una variada bibliografía que es por sí misma un valioso aporte. Pero no son claras las implicaciones de esta escuela teológica en el universo musulmán contemporáneo.

La última sección del libro examina los (des)equilibrios actuales. P. Jebe rastrea los orígenes del conflicto árabe-israelí desde el término de la Primera Guerra, cuando Inglaterra y Francia toman posesión del Medio Oriente a través del régimen paternalista de los mandatos. Para este autor, los dos nacionalismos (árabe y judío) fueron inventos del colonialismo europeo, que acentuó las distancias entre ellos al trazar mapas absurdos en esta región, mapas que estimulan hasta hoy el conflicto. Se abstiene lamentablemente de examinar los acuerdos de paz entre Israel, Jordania y Egipto, que cambian con amplitud los balances de fuerza en la región.

G. Cantú y A. Bahena examinan el equilibrio nuclear en la región considerando las ambiciones de Irán en este renglón. El título despierta expectativas que no se alcanzan. Sólo hacia el final del ensayo se menciona que “para analizar el impacto del programa nuclear de Irán es importante entender cómo obtiene el material nuclear, de dónde lo consigue, y con qué fines quiere utilizarlo” (p. 231). Las respuestas que se ofrecen tienen carácter general y se ven desmentidas por recientes informes.

Finalmente, G. Manzano interpreta el caso de Afganistán como un “Estado tapón” (*buffer*), artificialmente mantenido para evitar choques entre potencias. Este país ocupa una geografía importante, pues por allí pasarían los gasoductos y oleoductos que proveen energéticos a China, Rusia y la India. Rusia y luego los Estados Unidos le proveyeron equipos militares que a la postre se tornaron en contra de ellos. Añade que el cultivo del opio es imparable; sin este producto, la economía se derrumbaría. Así, Afganistán es un ejemplo paradigmático de “Estado fallido”.

Consani y Zidane han reunido aquí ensayos imprescindibles para los estudiosos del Medio Oriente. Cabe esperar que suscite justo interés en la región latinoamericana, secularmente desatenta de los asuntos internacionales a pesar de que padece sus efectos con modesta capacidad para anticiparlos.

JOSEPH HODARA  
*Universidad Bar Ilán, Israel*

Sara Carmona Benito, *Ellas salen. Nosotras salimos. De la situación de la mujer marroquí y su sexualidad a la prostitución en las calles de Casablanca*, Barcelona, Icaria, 132 pp.

La obra reseñada es el resultado de una investigación de carácter antropológico, realizada en la ciudad de Casablanca, la capital económica marroquí, que intenta abarcar el escenario femenino en Marruecos a través del fenómeno de la prostitución. El libro en cuestión responde a algunas interrogantes que giran en torno de cuál es el papel desempeñado por la mujer marroquí; cómo influye la religión islámica en la construcción de patrones normativos en la conducta y en la sexualidad femenina y masculina; cuáles son las consideraciones, las opiniones y los deseos de algunas mujeres marroquíes acerca de su entorno social y cómo la prostitución se ha convertido de alguna manera en el motor de cambio para las mujeres marroquíes en tanto logran cierta independencia económica, aunque en buena parte, la sociedad siga rigiéndose bajo una estructura patriarcal.

Marruecos es un país que cuenta con más de 30 millones de habitantes y que socialmente se regula por las normas islámicas, pues el islam es la religión oficial del Reino. Esta religión ha sido considerada por Occidente como retrógrada y tradicionalista, contraria al binomio progreso-modernidad. Así, la conducta de sus seguidores puede ser vista como reprimida y controlada.

En Marruecos, como en la mayoría de las sociedades del mundo, existe un cuadro normativo que engloba la conducta

de los miembros que forman parte de la sociedad, tanto de los hombres como de las mujeres, “en cada sociedad se vive una cotidianidad, en la que se institucionalizan unas formas de afrontar la vida y se crea una normalidad respecto de un lugar y un momento” (p. 17); y en las sociedades musulmanas existe una evidente regulación del comportamiento femenino, que a ojos externos aparece como conservador.

La obra resalta las características del sistema patriarcal, en el cual el poder de la mujer es reducido al espacio casero y en donde las decisiones trascendentes son tomadas por el hombre, sea el padre, el hermano, el esposo y, en ciertas ocasiones, hasta el hijo. La autora también señala que los marroquíes se enfrentan a una serie de cambios e influencias culturales que chocan con esa estructura patriarcal, como es el incremento de la participación de la mujer en el ámbito laboral, el derecho de la mujer a influir en decisiones de la vida familiar, el propio divorcio, las actividades de las mujeres en el ámbito universitario y hasta los cambios en las formas de vestir que van desde portar una clásica *chilaba* (túnica típica marroquí) hasta el pantalón vaquero de mezclilla.

El nivel de lo patriarcal se encuentra con la demanda de la independencia de la influencia masculina por parte de la mujer, lo cual produce choques, repulsiones, negociaciones, nuevos intentos de control masculino y distintas “salidas” por parte de la mujer marroquí. Este entrelazamiento de elementos es estudiado por la autora a través de los espacios de la sexualidad y de la prostitución.

La sexualidad en Marruecos, tanto la masculina como la femenina, está regulada por el islam. A los hombres se les incita a ser “viriles”, mientras que las mujeres deben guardar el honor de la familia, representado por la virginidad física femenina. Asimismo, los contactos entre mujeres y hombres están limitados ya que las relaciones se desarrollan en un espacio homosocial, es decir, hombres con hombres y mujeres con mujeres, hasta el día del matrimonio, mismo que es concertado a nivel de las familias involucradas. Todo ello debido a que hay un intento por seguir los designios de la ley islámica; no obstante, el mundo práctico presenta otras circunstancias que obligan a los marroquíes a alejarse de los parámetros islámicos.

“Se configura poco a poco una doble moral: el ideal islámico y el mundo real” (p. 21).

Actualmente es muy común encontrar que hombres y mujeres tienen relaciones sexuales prematrimoniales aunque las mujeres traten en repetidos casos de cuidar la virginidad fisiológica. A pesar de ello, las apariencias del respeto a los valores musulmanes no pueden romperse. Guardar silencio, actuar, mentir y engañar son acciones muy utilizadas en Marruecos. Las mujeres que tienen relaciones prematrimoniales intentan no pasar por prostitutas, ya que cuidar las formas es siempre necesario. Las prostitutas reales no tienen escapatoria frente al escarnio social. La *shuma* (vergüenza) está constantemente sobre ellas. Es muy común escuchar en la calle *shuma alaik* (la vergüenza caiga sobre ti), ante un evento no inscrito dentro de la normatividad.

Además del espacio de lo moral, la sexualidad en Marruecos está también regulada jurídicamente. Los artículos 489 y 490 del Código Penal a la letra dicen: “Son penalizadas de un mes a un año de prisión todas las personas de sexo diferente que, no estando unidas por los lazos del matrimonio mantienen relaciones sexuales”. El 489 castiga la homosexualidad por impúdica y contranatural. Asimismo, el 498 penaliza a las trabajadoras sexuales y a sus clientes (p. 23).

La prostitución en Marruecos no es considerada un trabajo sino una actividad ilegal catalogada como delito; pero es un delito clandestinamente permitido. Los hombres recurren a las prostitutas, aunque las juzguen y las rechacen en el espacio de lo público, y las mujeres obtienen recursos para vivir prestando servicios sexuales.

Los servicios sexuales en Marruecos son muy demandados, debido a la regulación coránica que existe sobre el placer y el deseo sexual. Muchos actos sexuales están prohibidos por la religión, y precisamente éstos son los actos más demandados a las prostitutas (“penetraciones anales”, “coito menstrual”, “sexo con mujeres embarazadas”, “sexo durante el Ramadán [mes del ayuno]”, etc.). La prostitución es vista como el recurso donde todo está parcialmente permitido mientras que “el matrimonio es un pilar de la estructura social marroquí, recomendado en el islam, porque enmarca el orden en las relaciones sexua-

les entre las personas y les concede un estado de protección, llamado *muhsan* (p. 30).

Con las prostitutas se puede hacer lo que está prohibido con las esposas. El sexo tolerado o bueno es el que debe realizarse con las esposas, el sexo malo o *fassad* puede darse dentro del matrimonio y, aunque no es bien visto, es tolerado; pero el sexo que está fuera del matrimonio, conocido como *zina*, es el sexo totalmente despreciable, aunque sea una práctica muy frecuente en Marruecos.

La sociedad marroquí pretende ocultar que existen patrones de conducta que afectan las normas musulmanas y se crean hoyos negros en el ámbito de lo social; en esa oscuridad están surgiendo las enfermedades de transmisión sexual, entre ellas el VIH/sida, enfermedades que son negadas y rechazadas. Dicha situación en parte es resultado de la carencia de orientación sexual, tanto en hombres como en mujeres. La sexualidad pertenece al espacio de lo privado, por lo que no se habla de ella.

No obstante, en los últimos años la sociedad marroquí se está enfrentando a cambios sociales muy fuertes, debido en gran medida a la influencia de Europa y a los avances tecnológicos como internet, que permite tener acceso a diferentes comportamientos culturales que parecen muy atractivos para los jóvenes marroquíes. Dichas influencias se han extendido también en el espacio de la sexualidad. “La fuerza del cambio social empuja a la apertura hacia nuevas posibilidades de relaciones humanas y entre ambos sexos” (p. 36).

La forma de relacionarse de los jóvenes marroquíes está cambiando y cada vez es más común encontrar por las calles a parejas que van tomadas de la mano o bien a mujeres que hablan del enamoramiento y que lo diferencian del sexo. Pese a ello, este espacio no termina de abrirse y el mundo de la sexualidad se convierte en un mundo paralelo al del islam y al de la moral.

La sexualidad está estigmatizada en Marruecos y las prostitutas son marginadas socialmente y carecen de cualquier derecho. Si una prostituta es agredida no tiene derecho a ningún recurso legal. Tal situación ha conllevado hasta la comisión de homicidios de trabajadoras sexuales que pasan desapercibidos ante la justicia marroquí. Las prostitutas son castigadas por ser “anormales” y porque sobre ellas caerá la maldición de Allah (Dios).

Ahora bien, dentro del concepto de prostituta cabe desde la mujer que fuma en la calle, la que se viste al estilo occidental o las mujeres que aunque visten chilaba no tienen un lenguaje corporal apropiado. Muchas de estas mujeres ni siquiera ofrecen servicios sexuales, pero son consideradas prostitutas por tener comportamientos no adecuados de acuerdo con la sociedad marroquí.

Las prostitutas intentan esconder su actividad y llevan una doble vida para evitar ser señaladas; muchas de ellas justifican el ofrecer servicios sexuales debido al desempleo que se vive en Marruecos, el cual asciende aproximadamente a un 10%, afectando en gran parte a las mujeres. “La economía marroquí se halla en una crisis permanente. No existe un equilibrio entre los recursos disponibles, los medios de producción y la población” (p. 56). Aunque la variedad de condicionantes para que las mujeres entren al ámbito de la prostitución difieren en muchas ocasiones de las económicas.

Casablanca se ha convertido en uno de los centros en donde se desarrolla la prostitución como una actividad económica. El ideal de muchas mujeres marroquíes es cruzar el Mar Mediterráneo y llegar a algún país de Europa; pero ante el cierre de las fronteras, la migración se ha dado hacia Casablanca, que si bien sigue regida por los preceptos musulmanes —en palabras de la autora— permite el anonimato social por sus dimensiones territoriales y por el movimiento que implica una gran ciudad.

Casablanca es un microcosmos de lo que sucede en todo el país y en esta ciudad son evidentes los problemas sociales como el desempleo, la discriminación hacia las mujeres, los problemas de salud y, en este caso, el problema de la prostitución.

La prostitución en Casablanca es un fenómeno creciente; es común encontrar a mujeres que se dedican a esta práctica porque sus maridos emigraron hacia Europa para no volver, dejándolas con familia y sin los recursos necesarios para mantenerse, así que estas mujeres suelen encaminarse hacia Casablanca y dedicarse a la prostitución, en tanto una madre soltera en Marruecos es símbolo de ilegalidad sexual (p. 71). Otras son mujeres solteras que desean tener un mejor nivel de vida para ellas y su familia. A estas últimas la prostitución les ha

permitido poseer una casa o departamento propio, acceso a artículos suntuarios y a cierta independencia económica.

Muchas mujeres solteras que se dedican a la prostitución se están convirtiendo en ejemplo para otras mujeres, desde la manera de vestir, la forma de comportarse y de atender a los códigos de relacionarse con los hombres. Según la autora, las prostitutas, sin que ello se reconozca abiertamente, son el modelo de independencia de las mujeres marroquíes.

Finalmente, debe señalarse que el análisis de Sara Carmoña presenta algunas inconsistencias, a saber: es verdad que las prostitutas empiezan a ser un modelo de independencia, pero también es verdad que este argumento presenta una visión estereotipada de la mujer marroquí, en tanto que la mayoría de las mujeres marroquíes consideran que los patrones de libertad e independencia europeos no son los que deben predominar. La influencia europea y sus parámetros de género no son los únicos factores de cambio social en Marruecos. Muchas de las mujeres marroquíes siguen defendiendo el sistema patriarcal en el cual viven, porque mediante éste se sienten protegidas y obtienen beneficios del mismo, como su manutención y la de sus hijos.

Ahora bien, no se puede negar el hecho de que exista la prostitución y que se cumplan parcialmente ciertos argumentos como: "las mujeres utilizan la prostitución como estrategia de vida, las trabajadoras sexuales son vulnerables por su situación legal y por el estigma que entraña la prostitución y que las trabajadoras sexuales de la calle sean las más perjudicadas" (p. 59); así como que la prostitución sea un espacio que las mujeres utilizan para salir del hogar. Sin embargo, a lo largo del texto existe un sesgo a favor de la victimización de las prostitutas en Marruecos, que deja de lado la visión masculina. El hombre termina por ser el villano de la historia, sin tomar en cuenta que el hombre musulmán también está regido por una estricta normatividad islámica y que el hombre marroquí responde también a masculinidades hegemónicas nunca homogéneas. En el texto existe una tendencia por presentar de manera homogénea al hombre que vive en sociedades patriarcales como un ente poco pensante, dominante e instintivo; como un consumidor de prostitutas siempre dispuesto, y se niega el hecho

de que para el hombre marroquí la mujer es considerada un tesoro y la mujer occidental una mercancía.

Los cambios sociales que se están viviendo en Marruecos afectan tanto a los hombres como a las mujeres y la pregunta que queda al haber terminado la lectura de la obra es si el seguir el modelo europeo de la liberación femenina es mejor que el sistema patriarcal islámico, que en ciertos momentos es lo que normativamente deja entrever la autora.

INDIRA IASEL SÁNCHEZ BERNAL

Higuchi Ichiyo, *Cerezos en tinieblas* (prólogo y selección Amalia Sato, traducción Rieko Abe, Hiroko Hamada y Virginia Meza), Buenos Aires, Kaicron, 2006, 128 pp.

Para los estudiosos de la literatura escrita por mujeres, interesados en el rescate y difusión de la obra de figuras desconocidas, por marginales o por ajenas a la tradición occidental, la publicación en castellano de esta antología de cuentos de la escritora japonesa Higuchi Ichiyo resulta, por muchas razones, una verdadera revelación. En la historia de las letras de Japón, Ichiyo ocupa un lugar de honor, que le valió ser la primera novelista cuya efigie circula en el billete de 5 000 yenes.

Es también la primera novelista en descollar en un periodo de mutación que empezaba a abrirse a la modernidad encarnada por el mundo occidental sin desprenderse por completo de su mentalidad y estructuras feudales. Ichiyo nace justamente en el momento del arranque de la modernización, en el seno de una modesta familia compuesta por los padres, dos hijos varones y dos hijas. Muy pronto da muestras de su capacidad intelectual por su temprana afición a los libros, a pesar de haber asistido sólo cuatro años a la escuela elemental. Con una vecina aprende costura y estudia poesía, formación que se consideraba apropiada para su condición social y de mujer.

Como el padre y el hermano murieron en esa época, Ichiyo se ve obligada a hacerse responsable de su madre y su herma-

na, así que trata de ganarse la vida mediante las regalías recibidas por las novelas que escribe. Eso la hace recurrir al periodista Nakarai Tosui (1860-1926) para que le enseñe a escribir en este género. Según los especialistas, su escritura fusiona el estilo de la alta cultura imperial con el de la cultura popular.

Es importante señalar que, a pesar de su corta vida (1872-1896), Higuchi tuvo la oportunidad de observar y entender el alcance del proceso que vivía su país; así, los cambios en las costumbres, sobre todo de las clases acomodadas, se reflejaron primero en la vestimenta, los peinados y las pertenencias. El sello occidental cada vez más marcado permitía, de entrada, ubicar socialmente a la persona. Huellas de esta evolución son perceptibles en las descripciones que Higuchi hace en sus novelas. De este modo vemos cómo describe los atuendos de los habitantes de los barrios de “placer” en los que ella vive, pero sobre todo en los que se desenvuelve la acción de sus relatos. El modo de vestir es en sí una carta de presentación de la mujer.

La importancia que Higuchi concede a los detalles relacionados con el vestido y el peinado traduce el peso que ese tipo de convenciones tenía en la sociedad de la época. Un campesino no vestía igual que un funcionario, ni un estudiante que un comerciante. Tampoco un ama de casa, una colegiala, una cortesana o una artista. Las ocasiones, los espacios, la estación del año y la hora del día también determinaban la clase de ropa y el peinado. Con base en códigos tan estrictos, no es difícil entender las situaciones de discriminación que se generaban.

En sus relatos, Ichiyo manifiesta un claro interés por los papeles asignados al hombre y a la mujer en la cultura y en las tradiciones japonesas. Algunos de sus personajes femeninos corresponden a perfiles ya sea de mujeres que defienden su autosuficiencia a costa de renunciar a una mejor situación, ya de aquellas que no consiguen contravenir las leyes sociales y se pliegan en aras del bienestar familiar.

*Cerezos en tinieblas*, además de un cuento del mismo nombre, incluye cuatro historias más: “Aguas cenagosas”, “Noche de plenilunio”, “Dejando la infancia atrás” —en virtud de sus 50 páginas, podría considerársele una noveleta— y “Encrucijada”. Lo primero que salta a la vista es la importancia incuestionable de los personajes femeninos: son ellas quienes dominan la

escena, y los personajes masculinos sirven un poco de compar-  
sa para dar mayor realce al comportamiento y evolución de las  
mujeres. Esto sucede incluso en “Dejando la infancia atrás” (*Ta-  
kekurabe*), relato en el que el verdadero protagonista es una suerte  
de personaje colectivo encarnado por la pandilla de adolescen-  
tes que se debaten entre las travesuras infantiles y las bravuco-  
nerías juveniles para afirmar su identidad, y Midori es la única  
figura femenina que destaca entre esa parvada de chamacos.

En los otros relatos, los perfiles mejor dibujados también  
pertenecen a mujeres, y no es de extrañar ya que están ligados  
a dos sectores esencialmente femeninos: el de las prostitutas y  
el de las costureras. En torno de ellos, la autora campea, como  
para completar el paisaje de fondo, un universo de artesanos y  
comerciantes (la tintorería, el taller de sombrillas, la papelería,  
el cordonero, la vinatería...) que le imprimen dinamismo y co-  
lorido a esos barrios populares en los que transcurren las his-  
torias. La atención se centra en las tribulaciones, anhelos y  
vicisitudes de mujeres que viven su destino a veces con resigna-  
ción, otras tratando de escapar de él, pero casi siempre asu-  
miéndolo con lucidez.

Para ilustrar lo anterior evocaré brevemente a las protago-  
nistas de los cinco cuentos. En “Cerezos en tinieblas”, Chiyo es  
una joven bien educada que, por los convencionalismos socia-  
les, calla su amor por su compañero de infancia y acaba consu-  
mida en el silencio. La joven nos dice: “...no sé si esto que pa-  
dezo sea algo que tenga cura” (p. 15). Su muerte recuerda a  
tantas heroínas románticas de novelas y óperas del siglo XIX  
europeo. En todo caso, el enamorado, cual Rodolfo en *La dama  
de las camelias*, al verla agonizante piensa que “la vida es tan  
efímera como una cadena de gotas de rocío” (p. 16).

El desenlace de “Aguas cenagosas” es igualmente trágico,  
pero acontece en una cantina que en realidad es un burdel.  
Aquí los perfiles femeninos son más elaborados y sugerentes en  
cuanto a su conciencia de género. La pluma de Higuchi es  
matizada: aunque el contexto en que se desenvuelven los per-  
sonajes podría haber propiciado una paleta descarnada propia  
de la sordidez del ambiente, la autora logra preservar un tono  
sutil que no por ello atenúa la dureza y soledad de ese universo  
femenino de la prostitución. El matrimonio y la posición social

son una utopía para esas mujeres, que conocen bien los códigos sociales. Riki, la protagonista, es una joven aparentemente desparpajada y sabedora de sus encantos, pero en el fondo sufre con amargura la condición a la que la orilló una historia familiar llena de carencias. Enamorada de un hombre casado, miserable y cobarde, no se interesa en buscarse un mejor horizonte social mediante el matrimonio con algún amante rico, y acaba asesinada por ese hombre a quien ama y el que a su vez se suicida.

“Noche de plenilunio” nos acerca a otro contexto social. Seki proviene de una familia modesta que logró casarla con un funcionario acomodado, pero que la considera casi un mueble. Ante tantas humillaciones, ella decide divorciarse y trabajar para mantenerse, aun cuando eso implique renunciar a su pequeño hijo. Con admirable lucidez, Seki analiza su situación y, en una reacción de profunda dignidad, les comunica su decisión a sus padres. Por desgracia, éstos la hacen desistir en aras de proteger el futuro tanto del hermano, que es apoyado por el cuñado, como del pequeño Taroo. Queda así en evidencia un hecho frecuente aun hoy en día: la mujer no cuenta como individuo, sólo vale como hija, esposa o madre.

Líneas atrás se mencionó a Midori, el personaje femenino más destacado de “Dejando la infancia atrás”. En efecto, entre la parvada de adolescentes que disfrutan, pelean y tratan de definirse y ubicarse en el mundo de los mayores, ella es la única chiquilla; a pesar de su aparente ligereza e inconciencia por haber vivido rodeada de mimos y sin grandes tropiezos, de pronto, después de las emociones y alboroto del festival del barrio, cuando inesperadamente la biología le impone su realidad de mujer, cae en un estado de tristeza y languidez que no entiende del todo pero que le hace presentir y aceptar el final de un ciclo: en adelante habrá de afrontar la vida de otra manera, ha dejado de ser la niña que sin grandes preocupaciones retezaba con los chiquillos del barrio. La infancia que deja atrás y el ingreso a una nueva etapa simbolizan el proceso de transición de su país hacia la modernidad, con los desgarramientos e ilusiones implicados en todo paso iniciático.

En el último relato, “Encrucijada”, Kyoo es una joven costurera que se muestra solidaria con los obreros de la paraguetería

a quienes les ofrece sus servicios: “Cuando se les descosan sus kimonos, llévenlos a mi casa [...] yo siempre estoy cosiendo kimonos [...] para mí no es nada echar una puntada” (p. 124). Su generosidad se manifiesta más afectuosamente con Kichi, un huérfano que ve en ella a una hermana mayor. Él está resignado con su suerte, ella no. A pesar de no estar amargada, aspira a una vida mejor, así que no titubea en convertirse en concubina en vez de estancarse en una penosa existencia de arduo trabajo.

Aunque las heroínas no se comporten de manera desafiante frente al orden social que las oprime, el solo hecho de atreverse a externar sus inconformidades y su insatisfacción expresa claramente la lucidez de la autora respecto de tales inequidades. Resulta ya una actitud valiente para la época el que algunas de sus protagonistas osen rebelarse y cuestionar ciertos esquemas sociales y, aunque a veces terminen por someterse, constituyen una propuesta literaria que rompe con los moldes aceptados.

En este sentido, resulta interesante constatar que Higuchi manifiesta una clara sensibilidad por las experiencias y desdichas de las clases sociales que ahora llamaríamos marginales, y que atrajeron la atención de los escritores realistas y naturalistas del siglo XIX europeo. Pensemos a vuelo de pájaro en Charles Dickens, en Ivan Turgueniev, en Benito Pérez Galdós, en Émile Zola, una de cuyas principales preocupaciones fue pintar la realidad de seres marginados y así denunciar las injusticias sociales. Incluso en México, Federico Gamboa compartió estas posiciones. La coincidencia temática que sugerimos entre estos grandes de la narrativa universal y ciertos ángulos de los cuentos de Higuchi nos resulta más significativa puesto que se trata de una pluma femenina (la única novelista notable del período fue George Sand, muerta en 1876); además de que muy probablemente ella no haya tenido la oportunidad de leer alguna de sus obras. No hay que olvidar que la corta vida de Higuchi coincide con el inicio del período de apertura de Japón a la cultura occidental, de lo que queda registro en los cuentos mediante pequeñas pinceladas que dan testimonio de la fina capacidad de observación de la autora.

Un siglo después de que Higuchi tejiera la escasa obra que logró dejarnos, la teoría y la crítica literarias en torno de la

escritura de mujeres han destacado que la narrativa femenina tiene, en primer término, una dimensión a menudo autobiográfica. (No faltará quien sostenga que igual sucede con los hombres, lo cual es cierto.) En todo caso, pese a lo poquísimo que sé acerca de la vida de Higuchi, me atrevo a aventurar que sus cuentos están salpicados por muchas de sus experiencias personales: por ejemplo, la alusión a la muerte de sus padres por tuberculosis (p. 43) y, por supuesto, las múltiples referencias al oficio de la costura. Y es que, sobre todo en épocas en que no era frecuente que las mujeres se dedicaran a las letras, la escritura constituyó un medio privilegiado para compensar el encierro simbólico, y a veces real, en el que estaban confinadas. Doble encierro por no tener derecho a la palabra, pues su condición natural es el silencio, tal y como le indica a Seki su padre: “Por favor, guarda silencio y sigue viviendo como hasta ahora” (p. 61), y porque, por definición entre el adentro y el afuera, a ella se le asigna el primero y al hombre corresponde el segundo. No en balde el marido de la misma Seki le asesta: “Te tengo en esta casa para criar a Taroo” (p. 57). En “Aguas cenagosas”, otro personaje de este universo femenino dice: “Lo triste es ser mujer” (p. 36), y si añadimos *pobre*, el horizonte es todavía más asfixiante e injusto.

Un vistazo a la historia de la emergencia de las mujeres en el campo de las letras destaca que, aparte del papel capital que desempeñaron desde el siglo xvii en la vida mundana de las cortes, donde llegaron a encabezar importantes círculos literarios e intelectuales (pienso, en Francia, en mujeres como Madame de Sévigné, Madame de Lafayette o, un poco después, Madame de Staël), las incursiones de la mujer se limitaron a esos espacios cerrados (en los llamados Salones), pues incluso cuando llegaron a publicar a menudo lo hacían bajo un seudónimo, ya que difícilmente podían sacar a la luz pública algún escrito con su verdadera identidad.

No es sino hasta el siglo xix cuando algunas pioneras en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos encontraron en el periodismo un espacio para expresar sus descontentos, inconformidades y reclamos. En Francia destaca el papel de Marguerite Durand, cuyas colaboraciones publicaba en *La Fronde*, periódico de gran prestigio a escala europea. Emily Davies, en Gran

Breña, y Susan Anthony, en los Estados Unidos abogan por la educación de las jóvenes y por los derechos de las obreras (*Historia de las mujeres*, p. 527), lo que, por cierto, fue una de las grandes banderas ideológicas de George Sand. Estas referencias vienen a cuento porque inevitablemente surge la curiosidad acerca de los temas que Higuchi pudo abordar en sus colaboraciones periodísticas cuando empezó, apoyada por Nakarai Tosui, a escribir para publicaciones por entregas. ¿Escribía sobre la situación de las mujeres: prostitutas, obreras, intelectuales, si las había? ¿Habla de las injusticias sociales al palpar la miseria de ciertos sectores? Es de suponer que de todo ello quedó rastro no sólo en sus escritos periodísticos, sino en su Diario, pero también es de suponer que tales documentos sólo son accesibles en japonés, cosa que se salda con una lamentable frustración para quienes no leemos dicha lengua.

En su corta vida, Higuchi recibió el reconocimiento popular por su obra, pese a que, como se ha dicho, raras eran las mujeres que publicaban. El escritor y crítico Mori Ogai considera que "Dejando la infancia atrás" es una pequeña obra maestra de la literatura.

La crítica japonesa contemporánea considera a Higuchi un parteaguas en la literatura de su país, ya que su escritura (poesía y narrativa) conserva algunas características estilísticas de la tradición clásica (lirismo, sutileza, elegancia), a las que aúna una sensibilidad moderna. Por ello es considerada la última escritora del "viejo Japón" y hasta su muerte fue vista como la primera del Japón moderno.

Resulta interesante imaginar cómo Higuchi, a pesar de su corta edad y de las enormes dificultades materiales que le tocó enfrentar para mantener a su familia (madre y hermana), gracias a su pluma y a la costura pudo desarrollar una fina capacidad de observación del medio en el que se desenvolvió, es decir, de los barrios de la zona de tolerancia. Lo mismo describe calles sórdidas y casas miserables, que fiestas y tradiciones populares. Pero donde su mirada es particularmente aguda es en la pintura de atuendos y peinados, por la enorme carga social con la que están codificados. El lector va construyendo su imagen de los personajes con base no sólo en su propio discurso o en sus acciones, sino gracias a las pinceladas que la autora

aplica discreta pero certeramente en relación con esos dos lenguajes sociales: la vestimenta y el peinado. Esto aplica para hombres y mujeres; pero cuando se trata de estas últimas (que son las que ocupan un primerísimo plano), su capacidad de trazar un perfil con unas cuantas líneas es notable.

Las incontables referencias a la vestimenta y a los peinados constituyen un verdadero lenguaje social que, ya se dijo, codifica usos y costumbres en función de los sexos, las edades, la ocasión y las clases económicas de una sociedad altamente estratificada pero, sobre todo, apegada a la estricta observancia de dichos códigos. Otro filón interesante sería el del manejo de los espacios: la descripción de los barrios, de los interiores, de la vida que los anima.

El descubrimiento de una porción de la sociedad japonesa de fines del siglo XIX, desde la aguda y sutil mirada de una joven mujer, es todo un acontecimiento. Por ello, mucho debemos agradecer la traducción de Virginia Meza, Hiroko Hamada y Rieko Abe, y hacer un reconocimiento especial al trabajo de investigación que sustenta y complementa la traducción.

LAURA LÓPEZ MORALES